



LÓPEZ ARNAIZ, IRENE Y LÓPEZ FERNÁNDEZ,  
RAQUEL (2023). *COREOGRAFIAR LO INVISIBLE. DANZA, ARTE  
Y ESOTERISMO EN LOS ALBORES DEL SIGLO XX*. SANS SOLEIL  
EDICIONES



*Siempre me atrajo lo desconocido y quisiera encontrarlo aunque para ello  
tuviese que gastar un cerro de cerillas.*

Vicente Escudero, *Mi baile*.

José Bergamín llamaba a la danza «las artes mágicas del vuelo». Decía que no dejan rastro y tampoco trazo alguno que señalase una ruta, un camino o una simple huella para repetirlos. Ni la magia, ni el vuelo, ni la danza y tampoco el baile, han tenido un lugar destacado en el relato historiográfico de la cultura y el arte. Por eso este fundamental libro, *Coreografiar lo invisible. Danza, arte y esoterismo en los albores del siglo XX*, viene a ayudar a solventar esta inasumible carencia. Hacen posible narrar en clave académica las artes mágicas del vuelo en el arranque del siglo XX siguiendo otras huellas.

Esté libro coral, académico y antiacadémico, libre y sujeto a reglas, anárquico y perfectamente ordenado, nos transporta a una trama de personalidades, comunidades y modos de ser, estar y hacer que indagaron más allá de lo visible, que inspiraron las investigaciones estéticas más arriesgadas del cuerpo, de sus movimientos y de sus gestos. Tanto las excelsas, bizarras y fascinantes personalidades que transitan cada uno de los artículos que componen el libro, como sus investigaciones estéticas, se convertirán en el punto de partida hacia nuevos lenguajes

artísticos. Un proceso en el que todos los elementos que componen una vida, la comida, el modo de nadar, el vestir, el habla, las lecturas, las amigas, los lugares, los viajes, la disidencia (siempre necesaria), se nos habían pasado por alto.

Hay que dar la enhorabuena a sus editoras, Irene López Arnaiz y Raquel López Fernández, y a Sans Soleil Ediciones que han hecho un trabajo excepcional. El diablo está en las formas y las formas de este libro están cuidadas, son bellas y las imágenes funcionan perfectamente. Porque el libro, es, pese a todo, académico, y su magia y su vuelo es que es fascinante y engancha, y respeta a aquellos que generaron el conocimiento sobre el que cada artículo-ponencia-baile se basa. La lectora, en este caso yo, ha ido saltando de ponencia en ponencia, de artículo en artículo como si asistiera a un baile. Un baile, en tres actos y trece cuadros.

Editar es, en cierta medida, coreografiar, es organizar las ideas y los pasos que cada ponente invitado aporta. Los trece artículos que componen el libro se articulan en tres capítulos, o tres actos, como me gusta a mi pensarlos. El conjunto surge de un Seminario Internacional que se celebró en el Museo Picasso de Málaga los días 5 y 6 de noviembre de 2021, y se llamó *Danza, esoterismo y vanguardias*. Como apunta Alicia Navarro «Las vanguardias fueron buscadoras de gestos. Buscaron en el budismo, las runas, el sufismo, la cosmogonía pitagórica, el tarot, las danzas de las civilizaciones primitivas, las tradiciones antiguas y un largo etcétera» (pág. 229). Las vanguardias se dejaron empapar por su contexto cultural, y esté contexto se hacía muchas preguntas y en el esoterismo, en muchas ocasiones, encontró algunas de las posibles respuestas. Lanzarse a lo desconocido, en una avanzadilla, una vanguardia, de lucha sin cuartel contra el tedio burgués y el avance capitalista.

Recuperar la historia que no nos contaron es situarnos en el presente, es hablar del presente que habitamos. Un presente que debe transformarse, si no quiere desaparecer, en un lugar más espiritual, más sanador, experimental, comunitario, indagador y respetuoso con la naturaleza. Hoy como entonces, como esos albores del siglo XX, lo esotérico atrae a las mentes más brillantes. Lo oculto, lo reservado y de difícil acceso, ese conjunto de conocimientos que tratan de comprender la vida desde dentro, que tratan de asir lo que fluctúa, la energía, lo innumerable y lo irreductible a concepto. Todas las autoras y todos los autores del libro se convierten de algún modo en bailarines de una «coreografía colectiva»

de carácter esotérico. Quizá todas las académicas, en cierto sentido aún metafórico, nos acercamos sin saberlo a la teosofía, el espiritismo, al ocultismo, a cierta alquimia. Somos magas, médiums, investigadoras en la sombra y artistas buscando nuevas frecuencias para habitar este mundo que a veces resulta tan tedioso.

Cuando acaba el baile, la coreografía colectiva, o sea el libro, cuando acabas de leerlo entero, con sus trece artículos, quedas sudorosa y desmelenada, como si hubieras ido a las clases de danza de Rudolf von Laban y hubieras aprendido kinetografía, o hubieran charlado con Dalcroze. Quizá te quedaste en los ensayos de Mery Wigman y por poco colapsas, o entrenaste con Loïe Fuller y te agostaste, o ayudaste a Sophie Tauber Arp a componer sus danzas abstractas o a elegir el gong de sus puestas en escena, o, y está sí que fue intensa, te fuiste con Valentine de Saint-Point, te lanzaste a la *Métachoric*, a ese «más allá de la danza» y te probaste el casco de merovingio para adoptar posturas geométricas. Hasta con Hilma Af Klimt pudiste bailar pintando, o viceversa. Pudiera ser, porque no, que no bailaste tanto sino que Steiner y Warburg y Hugo Ball te arrastraron a su búsqueda sin cuartel de ese gesto perdido, de ese cuerpo infravalorado, de su forma, su sonido, su oratoria y su movimiento.

Como ya he dicho son las paradojas constitutivas de todo sistema las que más me han interesado. Tras esta locura desmelenada y sudorosa de lectura fascinada, estas indagaciones de los temblores y las contorsiones y las calmas que rozan la parálisis, la paradoja queda servida: ¿Cómo atrapar la libertad, la locura incluso el paroxismo en una sistema de notación? Gráficos, diagramas, signos y símbolos que significan una cosa. Dice Javier Cuevas del Barrio que, «La invención del sistema de notación de danza Rudolf von Laban implica una paradoja: la libertad de los cuerpos de su danza expresionista viene de la mano de la fijación de los movimientos en un sistema de notación» (pág. 95). Esa paradoja sostiene la historia de la danza y también la potencial historia de la escritura como danza. Otra paradoja, esta vez planteada desde el Monte Verità en el segundo acto del libro, o segundo capítulo, la plantean Eva Fernández del Campo y Elisa Guzzo Vaccario ¿Había reglas en la revolución del Monte Verità?, esto es, ¿Es posible una revolución con reglas? o al revés, ¿Es posible una revolución sin reglas?

La frontera no siempre clara entre la ciencia y el espiritismo sobrevuela la lectura y da coherencia al texto y al modo de encararlo. Los nuevos modelos de visión que iba descubriendo la ciencia estimulaban a las mentes más inquietas, les daban alas a pensar en buscar más allá. Buscar modos de hacer otros y poner en cuestión constantemente el soberbio individualismo que ha guiado el relato del historia del arte. Se puede ampliar el sujeto de la acción dando vida a los objetos, agencia- lidad a las líneas, creando líneas autónomas danzantes, como Nijinsky, como Escudero, como Cocteau, líneas que bailan. Aquí todo remite al cuerpo porque el cuerpo es, al fin y al cabo, el origen de todo. Y en la danza de esas comunidades de mujeres que aparecen, las de Hilda, la de Natalie, nada de firmas, nada de datación, nada de mostrarse. El placer o la responsabilidad social de hacer visible lo invisible. El cuerpo como un mensajero, un médium para unos códigos de su sociedad secreta. Por eso Hilma af Klint supo al morir en 1944 que el mundo no estaba aún preparado para entender su obra. Hubimos de esperar veinte años. Como si presagiara la psicodelia y la amplitud de miras de una década de espiritualidad hippie sensible a su legado.

Lo que nos confirma estas *Coreografías de lo invisible* es que, efectivamente, hemos de reescribir la historia del arte y el relato *mainstream* de la construcción de la vanguardia histórica. Basta de frases hechas. Contemos como sucedió realmente. ¿Qué es el futurismo sin Valentine de Saint-Point? ¿Qué sería la abstracción sin Hilma af Klint? ¿El Dadá sin Sophie Tauber Arp? ¿La vanguardia española sin Escudero? Además, insistir en la conexión, inevitable y siempre presente, pero poco nombrada, entre la alta y la baja cultura. La posibilidad, infinita, de indagar, aportar, conocer y avanzar estéticamente de todos aquellos investigadores actores que como Escudero, no tuvieron una educación formal típicamente intelectual o académica, pero supieron enseñarnos cosas que solos no hubiéramos sido capaces ni siquiera de imaginar. También veo, y leo, una riqueza y un vitalismo que sin duda deben ser traídos al relato, para escapar de la pesadez y la trascendencia. El texto rezuma ligereza y esperanza. Pese a quedar constreñido a los estrictos límites que impone la academia para la escritura este libro logra escaparse por la inteligencia y belleza de sus textos y contenidos. Y eso, en estos tiempos que corren en que a veces cierta huida de la academia se da de bruces con la nada más absoluta, respetar los rigores de la misma sabiendo cómo volar es todo un logro que de verdad se agradece.

Si nos adentramos en los capítulos, o actos, tratando por todos los medios de ser breves, empezamos por el primero: «Mediums y otras posesiones: Inconsciente, espíritus e hipnosis en danza». Este primer acto tiene cinco cuadros.<sup>1</sup> El primer cuadro «Espíritu revoloteador. Loïe Fuller y el ascendiente esotérico del hipnotismo», de Pascal Rousseau. La americana que fascinó a los europeos a quien Mallarmé llamó «eléctrica e hipnótica» y consumadora industrial del espectáculo. Para el segundo cuadro, la editora y escritora, coreógrafa y bailarina textual, Raquel López Fernández elige el título, «El loco, el mago y el diablo: una lectura de cartas y otros giros ocultos sobre la escena de la mano de Vicente Escudero». ¿Cuál es el sentido oculto, el sentido esotérico del proceso creativo de Vicente Escudero (1888-1980)? Raquel propone un paseo por la figura de Escudero quien mezcló cláxones, motores y explosiones con taconeos y zimbreos. Para el tercer cuadro, «La líbido como campo de batalla entre el psicoanálisis y el esoterismo. Del cuerpo danzado al cuerpo de madera en el proyecto escenográfico y diseño de marionetas de Sophie Tabuer para *El rey ciervo* (1918)», Javier Cuevas del Barrio nos habla de ese potencial cambio desde el cuerpo danzado al cuerpo de madera. Decía Tzara que la danza de la señorita Tabuer era de una extrañeza delirante que su mano ascendía hacia el paroxismo de una locura burlonamente caprichosa. El cuarto cuadro es una dupla imprevista, «Valentine de Saint-Point + Auguste Rodin: orígenes esotéricos de la abstracción en la danza», de Adrien Sena. Una bailarina y un escultor. Una feminista y un genio creador. Grandilocuencia geometrizada, paralelepípedos, conos, triángulos isósceles, correspondencias, palabras, sonidos, formas, luces. Para el quinto cuadro, último de este primer acto, «Esoterismo y feminismo. Hilma af Klint y la danza de los planetas» de Pilar Bonet Julve una constelación de mujeres crearán unos imaginarios que solo un siglo después somos capaces de apreciar. Hacer visible lo invisible. Métodos esotéricos: astrología, quiromancia, radiestesia, tarot, fitoterapia o lectura del aura. Por supuesto un

<sup>1</sup> Estamos pensando el libro cual coreografía de revista de la Edad de Plata. En este caso hablamos de un libro de tres actos y trece cuadros y en cierto modo, menos diferente que lo previsto, pone entre las cuerdas el relato que teníamos como inamovible, revisa con rigor y felicidad un periodo fascinante de la historia europea.

profundo acercamiento a los modos de hacer de Hilma af Klimt quien danzaba pintando o viceversa.

En el segundo acto llega «La liberación de los cuerpos: conjurar la naturaleza». Un acto coral donde los gestos asumen todo el protagonismo. Los gestos de las manos y los gestos vitales. Danzar sembrando, danzar cocinando, danzar al sol, danzar desnudos. El Montè Verità y sus indagaciones estéticas. Para el sexto cuadro del libro, y primero este segundo acto, «Arte de mujeres: misticismo, anarquía, magia en los albores del siglo XX», de Eva Fernández del Campo. Feminismo y liberación colectiva de los estereotipos de la heterosexualidad y la monogamia, de los roles como mujer y de las convenciones sociales. Mery Wigman, Rudolf von Laban, Valentine de Saint-Point, Elsa Lasker-Schüler (príncipe Yusuf) y Marianne Werefkin. Tantrismo, yoga y mujer. Cuadro séptimo del libro y segundo del acto segundo: «La invención de un nuevo cuerpo natural y espiritual», de Elisa Guzzo Vaccarino. ¿Cómo atrapar esos modos corporales, esas danzas de esos territorios de la utopía? Nudismo, vegetarianismo, pacifismo. En la Bienal de Venecia en 1977, Harald Szeeman decidió exponer 975 objetos de Monte Verità. La complejidad de un relato en el que se equipara el arte y la vida. ¿Qué compone una vida?

En el octavo cuadro, «Cuerpos suspendidos en el cosmos» de Alicia Navarro nos recuerda que hemos perdido nuestros gestos, ya nos lo dijo Aby Warburg. La danza nos enseñaría a encontrar esos gestos perdidos. El noveno cuadro del libro, «El umbral mágico y la danza. Un abordaje disruptivo sobre la consagración de la primavera de Nijinski» de Paulina Liliana Antacli. Leer en clave coreográfica las corporalidades de los directores de orquesta Leonard Bernstein y Gustavo Dudamel y ver los fascinantes dibujos de Valentine Gross.

Y por fin llegamos al acto tercero, en el que se suceden cuadros que cual cascanueces recorren el mundo. Se llama «Danzas místicas y rituales: Esoterismo y transculturalidad». En el décimo cuadro del libro «Desvelar los símbolos secretos» Per Faxneld nos presenta el trabajo etnográfico de Tyra Kleen sobre Java y Bali en relación con las ideas ocultistas contemporáneas sobre la danza. En el onceavo cuadro del libro, y segundo del tercer acto, «Danza esotérica y transformación espiritual: Los Movimientos de Gurdjieff» de Carole M. Cusack conocemos a Gurdjieff. El arte como sistema de inmortalidad, sofisticado y complejo. El doceavo cuadro, «El esoterismo y la historia conectada de las

vanguardias de la danza en Europa, América, Rusia e India (siglo XIX-XX)», de Tiziana Leucci. Tiziana trabaja los movimientos esotéricos que más influyeron en las primeras vanguardias de Europa, América, Rusia e India. Y vamos terminando con una de las editoras, Irene López Arnaiz escribe el decimotercer cuadro del libro y cuarto del tercer acto. «Ritmos cósmicos. Sororidad artística en París y encuentros en danza en el teatro Esotérico». El Templo de la Amistad de Natalie Barney: Adrienne Monnier, Sylvia Beach, Gertrude Stein, Alice B. Toklas, Romaine Brooks, Solita Solano, Gisèle Freund, Mina Loy, Dolly Wilde, Colette, René Vivien y otras tantas (muchas) figuras dandyficadas.

Y el libro, la danza, la obra va llegando a su fin. Un fin donde han bailado juntas la alta y la baja cultura, donde lo desconocido se persigue, con ese cerro de cerillas que quería usar Escudero, lo inasible y lo sublime sigue fugándose, sigue conformando ese lugar al que dirigir nuestras indagaciones estéticas. Como dice Alicia Navarro, las actitudes, los gestos y las posturas danzantes se han convertido en formas lingüísticas - corporales de pensamiento. Cerramos esta joya convencidas que hay otros modos de hacer en la Academia respetando el conocimiento anterior. Se puede escribir sencillo de historias tramadas y estimular la imaginación histórica. Ahora hemos de pensar las vanguardias en una nueva clave y con una nueva luz. De verdad enhorabuena Irene y Raquel.

Gloria G. Durán

